



Milia Gayoso

Cuentos para tres mariposas

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Milia Gayoso

Cuentos para tres mariposas

Prólogo

Las historias de Milia, un río y sus mariposas...

Hay historias que sólo pueden ser contadas, creadas o cantadas, por quien haya sufrido la misma ráfaga lacerante que éstas pretenden transmitir. Estos «Cuentos para tres mariposas» que hoy nos entrega Milia Gayoso son, en realidad, los retazos de una sola historia, de una sola, lacerante ráfaga que ha pasado y no termina de pasar, envolviendo a esta sensibilidad con sus estremecimientos. Probablemente no se trate de cuentos, como alguien dijo. Es lo que menos importa para ingresar a sus páginas y acceder a los murmullos inquietantes de vida que emanan de ellas. Además, estamos, por suerte, en un tiempo en que las fronteras y las delimitaciones estrechas van desapareciendo, en que los géneros artísticos dialogan entre sí, y en que los artistas juegan con las orillas y los lenguajes de los géneros.

Tal vez no sean cuentos, pero hay en ellos una atmósfera que valoriza de entrada estos retazos palpitantes. Y en ellos se descubren algunos signos que igualmente otorgan pleno sentido a esta experiencia de vida que se ha vuelto mirada, escritura y, finalmente, libro. Estas historias, o trozos de historia de Milia, han nacido sobre el amor, por el amor y para el amor. Orillando a menudo la tragedia, revisando carencias y renunciaciones, grandes ausencias que la vida desparramó desordenadamente y siempre sin aviso, salvando milagrosamente -como ese niño que se salvó de las aguas crecidas- la piedad y la ternura. Hay por ello, a mi modesto entender, algo singular y tal vez desusado en estos textos: una reivindicación de la tristeza como materia primaria, misteriosa, con la que se gestan la vida y sus colores, los que nos lastiman y los que nos besan el alma. Ésta es la atmósfera, la neblina original de la que nacen estas historias que buscarán inexcusablemente su significado final de amor, porque la vida es algo que se crea todos los días... como estas mismas historias, de las que no sabemos hasta dónde fueron vividas por Milia, hasta dónde fueron soñadas y hasta dónde fueron y siguen siendo creadas por ella. La autora desgranó estos textos con una economía que dejó varias ventajas, como el misterio que ha quedado flotando entre estos latidos desperdigados casi al azar.

Hay un río en el fondo de estas historias. Un río que trajo y se llevó muchas cosas, pero que está y estará siempre corriendo, cerca de nosotros. El río que une las dos partes del libro y todas las partes y todos los retazos de ésta, que tal vez sean los retazos de la novela que alguna vez escribirá Milia. El río de los recuerdos de la autora, pero también el río mítico, el río de la vida, el de las tragedias y el de los milagros. El río del amor, que muere

y renace sin pausas sobre el dolor. Es un río que también se quiso hacer palabra, para tres mariposas y para nosotros. Lo demás es lo de menos, porque es tarea de un río que, por suerte, estuvo y está, esculpiendo, impenitente, el curso de la vida.

Esquelita a mis borboletas

¿Qué les puedo decir mis pequeñas mariposas? Que preparé la mitad de este libro para ustedes, porque también fui pequeña y no comprendí muchas cosas que pasaron a mi alrededor, porque reí y lloré, porque jugué y trabajé, porque extrañé y fui feliz.

Porque me pasaron muchas cosas a la edad de ustedes: a los siete meses, a los dos años, a los seis...

Resumí para sus ojos trozos leves de una importante parte de mi vida. Quiero hablarles de historias diminutas pero fundamentales que han dejado huellas profundas en mi vida. Para que mañana sepan más cosas sobre mamá, que siempre anda tan apremiada de tiempo y no puede sentarse a contarles cosas que les gustaría escuchar. Además soy una pésima contadora de cuentos.

Ahora tal vez no podrán comprender muchas cosas de sus pequeñas vidas y lo que ocurre alrededor.

Pero más adelante sabrán, al leer estos pequeños cuentos, crónicas, relatos, o lo que sean, que todas las situaciones adversas se pueden convertir en momentos maravillosos e inolvidables.

Además, quiero dejar constancia de la inmensa alegría que le dan sus revoloteos a mi vida.

A

Melissa,
Vanessa y
Julietta:

mis mariposas amarillas.

«He aprendido a amar
incluso cuando mi corazón
está triste.»

Pedazos de mí

La visita final

Nos despedimos en la orilla, al otro lado del río,
con besos interminables entre los tres.

Él no podía casarse con ella, a pesar del amor y de su estado. Estaban separados por diferencias sociales pronunciadas, por intereses diferentes, por los quince años de ella y los veinte y tantos de él. Pero no les importó y dejaron germinar la semillita. Él se quedó en su pequeña estancia en Rojas Silva y ella regresó con su madre hasta su pueblo.

Pero volvieron tres: yo entre ellas.

Abuelo se enojó mucho, primero. Pero se enterneció después. Venía el primer nieto... entonces, todas las desilusiones se acabaron y surgieron las ilusiones.

Pero él no nos abandonó. No le permitieron casarse, pero no pudieron impedirle que nos quisiera, aunque sea a la distancia.

.....

Entonces era mayo. Casi al final del mes, con la ayuda de la partera doña Beneranda, llegué hasta mi puerto. Y conocí el amor. Las miradas de mis dulces viejitos sonrieron de gozo, y él vio reflejados sus ojos en los míos, sus labios, sus cabellos y su piel, su vida en mí. Y entre los dos el amor compró un leve pasaje de ida y vuelta.

No nos dejó tan solas. Entre viaje y viaje, y prohibiciones de vernos, continuaron las visitas. Nos llenaba de afecto y de regalos que a veces no encajaban en nuestra casa humilde y en nuestra manera sencilla de vivir.

.....

Mayo otra vez, y mi primer aniversario.

Por abril vino a vernos, a mimarme durante interminables horas. No quiso cruzar el río en balsa, sino en canoa para que el viaje durara más y tuviésemos más tiempo para estar juntos.

Abuelo nos llevó en su canoa para que pudiéramos acompañarlo hasta Piquete-Cué, donde él tomaría el colectivo hasta Asunción.

Abuelo remaba despacio, mientras iban conversando alegremente. Regordeta y traviesa, fui tirando al río todo lo que tenía en los bolsillos: bolígrafos, peine, pañuelo... Cuando mamá intentó detenerme, él le pidió que me dejara hacer lo que quisiera, porque era «su reina».

Nos despedimos en la orilla, al otro lado del río, con besos interminables entre los tres.

.....

Abril. Abril tan triste... Día 30. Yo cumplía once meses y ese mismo día unas balas asesinas se lo llevaron para siempre.

Una foto

Mi cara redonda como una toronja
y sus ojos verdes que eran puro hechizo.

Vestido rojo y botas de lluvia. Cuatro años y mi peso sobre sus rodillas. La foto en blanco y negro debió ser descrita una y otra vez, para que fueran satisfechas mis curiosidades sobre el color de mi indumentaria. Piqué rojo. ¿Qué es piqué, mamá?

Seguramente llovió aquel día, por eso también él tenía botas de goma, pero altas y negras que le permitían entrar en el río para acomodar sus canoas. Olvidé preguntar por el color de las mías. ¿Serían las grises? ¿Las celestes? ¿La amarilla y roja? Posiblemente me hayan puesto la amarilla con patos rojos y un par de nubecitas sin color.

Los dos sonreíamos. Mi cara redonda como una toronja, y sus ojos verdes que eran puro hechizo. (¿Habrás dejado un rato tu trabajo para venir a mimarme abuelo?) Quizás llovía mucho y no había pasajeros.

Me parece oler los buñuelos fritos bajo el galpón del fondo. Puedo verla a ella sentada en su silleta más grande que la mía con infinita paciencia dando vuelta una y otra vez a sus redondas bolitas de harina, huevo casero, azúcar y limón rallado, que luego bañará en azúcar morena y llevará a la mesa con su cafetera enlozada de color verde, exhalando el exquisito olor a cocido quemado.

Miro la foto y creo escuchar el golpeteo de las olas, en la costa del río y el salto de los peces festejando la caída de más agua. ¿Quién nos sacó la foto? Quizás algún fotógrafo viajero con su máquina vieja con manivela y caja oscura y misteriosa. ¿Quién me puso la ropa? Veo a mamá adolescente arreglándose el pelo y limpiando el barro de mis botas, para que no se viera en la foto.

E imagino a abuela corriendo desde el fondo a la sala, para ver a su «princesa» posando sobre el trono. Mirádonos con esa ternura tan honda que transmitían sus ojos, mirádonos feliz, mientras sus buñuelitos se quemaban en la paila.

La mariposa amarilla
Entonces escuché los aleteos...

Eran como las tres de alguna tarde de alguna primavera. Estaba desparramada en una silleta baja de madera, ahuecada en el fondo con tablas encontradas, hecha por abuelo de esa manera para que me fuera más cómoda.

Aún no sabía medirlo, pero en ese tiempo, durante su ausencia, hubiese ido y vuelto miles de veces al cielo. Los lápices de colores que me compró ya se habían gastado y también había acabado hacía mucho tiempo las grandes cantidades de chocolatada que me dejó de reserva. Y no volvía.

Estaba demasiado triste como para salir a jugar con Mercedes o Dominga, y me sentía demasiado lánguida para inventar juegos en solitario. Entonces pedí me dejaran lavar los cubiertos de la siesta, tarea que le correspondía a mi tía más joven. Yo sabía que ella estaba muy ocupada copiando las letras de sus canciones favoritas.

Entonces, encantada con la idea, Lucy preparó la latona de hojalata con jabón y los baldes con agua para el enjuague, y se fue complacida a continuar con sus copias y a escuchar el radioteatro que estaba por comenzar.

No tardé en descubrir que tampoco tenía ganas de lavar los platos. Estaba totalmente desganada. Escuché a Yayita preguntar por mí hacia el frente de la casa, pero me escondí para que no me vieran. Estaba presa de una angustia chiquitita que no me quería abandonar. Doblé el vientre sobre mis rodillas y me aferré a las anchas patas de mi silleta verde musgo.

Entonces sentí sus aleteos.

Una enorme mariposa amarilla, amarilla oro, brillante como el sol de diciembre, giró una y otra vez frente a mí durante largos minutos. Eso me levantó el ánimo y terminé de lavar los cubiertos que había enjabonado.

A la tardecita, cuando llegó la penúltima balsa que traía los autos y el colectivo que venían de la ciudad, me senté frente a la casa con abuela para ver si llegaba algún conocido o un cliente para su posada. «La Chaqueña» paró frente a la casa.

Desde la leve altura de mi silleta vi sus zapatos marrones acordonados, al estilo de botines. Luego su pantalón bombilla, después su blusa vaporosa, sus cabellos al viento... Me quedé quietecita sin saber qué hacer. Ella corrió hacia mí, entonces hundí entre sus brazos, que olían a «Ambré de Wateau», toda mi pena (demasiado grande para soportarla a los seis años) y todos mis deseos de verla durante tantos soles y lunas, tantas lunas y soles.

Después se volvió a ir, pero me quedó su aroma flotando entre mis cosas.

Desde aquella tarde, todas las mariposas amarillas que han revoloteado a mi paso o a mi alrededor, me han traído el anuncio de muchas alegrías.

Don Segundo

...fabricó un pilote del fino tronco
de un sauce llorón...

No importaban el sol, la lluvia o las olas bravas en los días de tormenta. Incluso muchas veces no importaron sus achaques si se trataba de hacerle un favor a alguien que estuviera más enfermo que él. Alguien que precisara con urgencia pasar al otro lado del río.

Fueron casi treinta años trabajando de pasero, transportando gente en su canoa desde Villa Hayes hasta Piquete Cué, o saliendo al paso de los barcos y lanchas que venían del norte y traían pasajeros.

Por aquella época aún no había sido construido el puente sobre el río, en Remanso, entonces el cruce del río Paraguay se hacía por balsa y por canoa. Las balsas «Villa Florida» y «Villa Hayes» hacían cruzar de una orilla a otra los automóviles, los «transganados» y los colectivos de pasajeros. Cumplían un horario que se prolongaba sólo hasta las ocho de la noche. Entonces, si de pronto alguien llegaba hasta el puerto de Villa Hayes y necesitaba pasar al otro lado esa misma noche, pagaba su tarifa, y el pasero, desafiando al sueño o al frío, cruzaba hacia Piquete Cué para «llamar a la balsa», que «dormía» allí hasta su primera salida a las cinco de la mañana.

Entonces, ésta, cobrando una tarifa especial, venía a buscar al pasajero que a veces era un estanciero, un militar o un «transganado» repleto de vacas mugientes.

Muchas veces llovía, o había tormenta. Pero él, sin inmutarse, tomaba su largo capote, sus dos remos y partía contento a cumplir su misión, que era más que un trabajo: era una de las razones de su vida. Generalmente la balsa llegaba antes de que él volviera. Más de una

vez tuvo algún percance por el camino, pero siempre sorteó las dificultades y regresó a casa.

Conocía todos los recovecos del río y sus misterios. Amaba y cuidaba de sus canoas como si fueran personas: «Sirena», «Campeón» y «Halcón» siempre estaban bien pintadas, limpias y desaguadas para que el agua no estropeará los maderos o el calafate. De tanto en tanto las sacaba a la orilla y «panza» arriba eran reparadas por completo; un trozo de tabla aquí, estopa y bleque allá, para que quedaran como nuevas.

Sus canoas tenían asientos anchos para que los pasajeros viajaran cómodos. Los remos estaban siempre lisos y parejos, pero años después fueron reemplazados por un motor fuera de borda que le ahorró el esfuerzo en los últimos tiempos.

Sus ochenta y pico de años parecían cincuenta por su vitalidad y elegancia. En su físico sobresalían sus hermosos ojos verdes y en su personalidad, su amabilidad. Ser un pasajero en su canoa era un verdadero placer porque siempre tenía una conversación amena y la palabra justa para todos los momentos. Además de amigarse con el río, sus ruidos y sus silencios, cultivó la amistad de seres de todo tipo.

En la orilla del río amarraba sus tres canoas a pilotes fabricados con troncos de diferentes árboles. Si el tiempo estaba inestable, él se levantaba una y otra vez a verificar que no se hubieran soltado las amarras o que las canoas no chocaran entre sí, agitadas por el viento.

Cierta vez, fabricó un pilote del fino tronco de un sauce llorón que había traído de la isla San Francisco. Y ocurrió el dulce milagro de que el tronco sin raíz, convertido en un largo palo hundido en la orilla, metido en el agua, en la zona plana donde atracaba sus canoas, echó brotes verdes.

Decenas de hojitas verdes fueron poblando día a día el flaco tronco de aquel sauce dormido.

Los pequeños milagros
Las gotas silenciosas
marcaban huellas redonditas en el río.

Llovía desde hacía tres días. Abuelo estaba enfermo y no podía remar, y a la posada no llegaba nadie porque la ruta hacia el alto Chaco estaba clausurada. Entonces nos quedamos sin dinero.

Habíamos comido muy poco ese día. Seguramente fue algún caldo de fideos o el guiso seco de arroz hecho por abuela con lo apenas necesario, pero sin embargo exquisito. Afuera seguía lloviendo. Las gotas silenciosas marcaban huellas redonditas en el río, y el lodo

blanco-amarillento del barranco se derretía, poco a poco, ensuciando nuestra hermosa playa de arena blanquecina.

Eran casi las cuatro de la tarde y el estómago de Nenito y el mío comenzaron a inquietarse, mientras los ojos tristes de abuela, casi al borde de la desesperación, buscaban entre las paredes de adobe prensado algún pequeño milagro -en forma de billete- escondido en un hueco, que sirviera para comprar algo que calmara el hambre de sus nietos.

Pero no había nada. Las rendijas de la empalizada, hecha de caranday y picanilla, sólo dejaban ver al otro lado de la casita que la lluvia continuaba su curso, derrumbando la esperanza de ir a sacar algún pez con el que ella haría un manjar.

Como a las cinco, abuela entró triunfante a la cocina. Encendió con mucho trabajo los húmedos carbones del brasero y se puso a batir con fuerza los huevos que pusieron sus gallinas ponedoras en el galpón. Los mezcló con la harina devuelta por la vecina a quien se la había prestado el mes pasado y le agregó las cebollitas de verdeo que fue a arrancar de su huerta bajo la lluvia.

Y en el cuarto de aceite fiado en el almacén, fritó aquellas tortillas delgadas, de sabor inolvidable que comimos los cuatro, paladeando con enorme placer cada pedazo.

Aquellas tortillas de esa tarde lluviosa reemplazaron con creces a los enormes tarros de dulce de leche o de leche condensada con que mi primo y yo soñábamos en nuestra humilde niñez, llena de afecto, de juegos y de contacto pleno con la naturaleza.

Niñez vivida a veces con algunas carencias, pero inolvidablemente maravillosa.

El último verano

Así como masticamos, sin saberlo,
cada minuto de aquel último verano juntos.

Todo el grupo andaba alrededor de los nueve años. Uno menos o uno más, cuanto mucho. Cabellos negros y pieles morenas, más intensificados por las carreras bajo el sol de las dos de la tarde, por el remojón constante en el río a cualquier hora y por el chapoteo descalzos en cuanto charco se formara después de las lluvias pasajeras.

Estaba aprendiendo a nadar y a zambullirme. Con inmensa alegría había logrado llegar desde la zorra hasta el primer golfín hendido en el río -en la zona del atracadero. Conseguir eso fue mi pequeña hazaña, pero casi me ahogué en el intento. Mercedes, con todo su peso de gorda ballenita de ocho años, no se dio cuenta que yo iba bajo la superficie y se tiró a nadar sobre mí. Tragué litros de agua. Dominga -la mayor del grupo- me arrastró a la orilla sana y salva.

Semanas después debimos interrumpir las pequeñas competencias y las zambullidas al atardecer. El río estaba infestado de pirañas. Bellas, carnívoras y riquísimas pirañitas anaranjadas que adoraban arrancar trocitos de talones a los nadadores, o un pedazo de la yema del dedo al sacarle el anzuelito de la boca.

Del norte llegó un cardumen voluminoso que se adueñó de las orillas y los riachos. Todo estaba pintado del color anaranjado de las pequeñas pirañas. Y nosotros, cañita y liñada en mano, las pescábamos por docenas.

Una de esas tardes pescamos más de ochenta entre todos, doña Eustaquia -la abuela de la mitad del grupo- las doró en su enorme paila. Ni huesitos quedaron. Los últimos dientes de leche y los primeros permanentes masticaron con ganas aquellos cuerpecitos dorados, más anaranjados aún por la fritura intensa y paciente.

Sentados en hilera en nuestro largo banco, a la medida del grupo, masticamos nuestra atípica merienda con alegría. Así como masticamos y disfrutamos -sin saber que ya no habría otro-, cada juego, cada minuto de aquel último verano juntos.

Corriendo hacia sus brazos
...vi a Yayita soltarse de las manos de su padre...

Sus papás se habían separado hacía un tiempo. Él las llevó a vivir a otra casa y su madre, Estela, volvió a la casa materna. Pero en las vacaciones, Naita y Yayita venían al pueblo a pasar uno o dos meses con su madre. Entonces el horizonte perdía límite para nosotros.

Corríamos detrás de los patos o gallinas de nuestras abuelas o causábamos tal revuelo en el río, al atardecer, que los peces desalojaban toda la zona aledaña a nuestros juegos. También disfrutábamos recogiendo diminutos caracoles temprano, por las mañanas.

A veces solíamos sentarnos sobre el largo banco, ya pulcras y peinadas, a inventar historias, una más fantástica que la otra. A tal punto que a veces se nos erizaba la piel y mirábamos temerosas a nuestro alrededor.

Por aquella época Naita era un poco más «estirada» y femenina que el resto del grupo de nenas. Todas pensábamos que se casaría con un príncipe y viviría en una alta casa blanca llena de rosas en el jardín.

El resto se conformaba en soñar con una casita pequeña, pero blanca y con terraza. Pero yo quería una de madera con miles de margaritas y rosas amarillas alrededor. Mientras soñábamos, construimos casitas hechas con las sábanas de abuela, o los vestidos de la

abuela de las chicas, con nuestras propias ropas o con ramas arrancadas a la planta de paraíso.

En las siguientes vacaciones de invierno las chicas no volvieron. El padre se había enojado con su ex-esposa, y ya no le permitía ver a sus hijas. Entonces ella se fue a trabajar a la ciudad.

Cierta tarde, cuando el colectivo que venía desde el Chaco estaba estacionado esperando la llegada de la balsa, vimos en la altura -hacia la ruta- a Naita y Yayita mirando tristemente hacia la casa de su abuela, fuertemente agarradas de la mano por su padre.

Los ojos de doña Eustaquia se llenaron de lágrimas. Les dio a Mercedes y a Dominga (sus otras nietas), dos paquetes de galletitas para que se las acercaran a las chicas. Pero su papá no les permitió recibirlas.

Entonces, vi a Yayita soltarse de la mano de su padre con todas las fuerzas de sus ocho años y correr a abrazar a su abuelita. Naita continuó prisionera de la mano forzuda que, al llegar la balsa hasta el atracadero, vino a arrancar con rabia a su hija de los brazos de su abuela.

Nieve en la garganta

«No tarden», dijo abuela al despedirnos...

Julio e invierno. Como a las tres me fue a buscar para comprar carbón en el pueblo. Busqué mi pollera roja de pana, la de crochet anaranjada, mis zapatitos nuevos... No estaban. Me puse lo primero que encontré y nos fuimos con la bolsa en las manos, hablando alegremente de miles de cosas.

«No tarden», dijo abuela al despedirnos, pitando su cigarro liado por ella misma con hojas secas de tabaco. No le di un beso al irme porque regresaría enseguida para merendar con ella.

Pasamos todo el pueblo, todo... Toda la costa del río y llegamos cerca de donde el torbellino suele tragarse a algún incauto. Vi la canoa cargada con valijas, a su marido, al

remero, a mi tío que se estaba escapando con ellos. Entonces vi con claridad lo que estaba a punto de ocurrir. Me estaba «robando» de los brazos de mis abuelos.

Grité impotente mientras me alzaban a la fuerza en la canoa, para llevarme lejos. Lloré impotente y traté de resistir.

Pero a los nueve años no se tienen muchas fuerzas.

Íbamos cuatro... y medio: mamá, su esposo, mi tío, el remero y la mitad de mí. Porque el otro pedazo corrió a abrazar la cintura de mi abuela.

La canoa cruzó el río hasta la orilla opuesta, bordeando la isla San Francisco. Desde lejos vi la casita casi besada por el agua y a abuela pantallando su brasero con los carbones húmedos que no querían encenderse.

Cuando oyeron el ruido del motor de la canoa de abuelo, que volvía de Piquete, nos bajamos en la costa y nos internamos entre los sauces de la isla. Ella me hablaba de comprar cien muñecas, un televisor para mi cuarto y un Citroen a mi medida.

Por entre los sauces pude ver a abuelo sentado en la última tabla de «Sirena» impulsando la cuerda del motor y cruzando hacia el otro lado. La canoa nos esperó en la orilla del riacho y nos llevó después hasta Piquete. Allí nos esperaba un taxi que nos dejó frente a un hotel en Asunción, donde pasaríamos la noche.

Antes del amanecer dejamos Paraguay, en un bolso pequeño algunas de mis ropas...

Me doblegaron con promesas de muñecas rubias y con ver nieve en invierno. Pero la nieve estaba en mi garganta, donde las lágrimas se habían cristalizado.

15 años

...me quité todas las ganas acumuladas durante la infancia que moría ese día.

Unos días antes me llegó el paquete. Una tela amarilla, suave, vaporosa, y la tarjeta. Imitaba un espejo y tenía apliques de flores de seda sobre él, y frases que llevaban desde lejos todo el amor y la ternura de mi tía del alma.

En medio de tantas pilas de telas por cortar y armar, ella se acordó de mí y salió a buscar algo que me «pareciera», con un color que le «fuera» a mi piel y a mis cabellos. Quería darme alegría en ese día en que le hubiera gustado estar cerca de mí y hacerme un vestido

lleno de apliques y flores, un vestido que años después lo soñamos juntas para otra ocasión que jamás se pudo dar mientras aún vivía.

Guardé aquella tela en su mismo papel de regalo durante un año, no me hice el vestido que ella quería. No hubo fiesta ni invitados. Yo no quería nada. Estaba lejos de la gente que amaba.

En el colegio, las chicas llevaron un bizcochuelo con pasas de uva y gaseosas para celebrar juntas y, con el dinero que juntaron, me compraron aquel pulóver hermoso que tenía los colores de mi bandera y dos discos. Uno de Serrat cantándole a Machado... «Al olmo viejo / hendido por el rayo / un musgo amarillento / le lame la corteza blanquecina / al tronco carcomido / y polvoriento...» y otro con el tema de «Historia de amor».

Mamá compró una torta pequeña y rosada, llena de florecitas, con una bailarina en zapatillas de punta y vestido de tul blanco. La comimos las tres: ella, tía Reina y yo, y brindamos con sidra con un poco de alegría y otro tanto de tristeza por nuestra soledad.

Entre otras cosas, las dos me regalaron un tarro inmenso de dulce de leche, que había sido mi pedido especial. Con él me quité todas las ganas acumuladas durante la infancia que moría ese día.

Cumplía 15 años.

Mi ángel

...enterré contigo el último pedazo de mi adolescencia.

En la mesa de noche estaban tus peras y manzanas, dos cartones de leche, las galletitas y algún dulce de leche apenas comenzado.

Eran las doce y media, e insististe en que comiera una de esas manzanas que llevé para vos. Yo no tenía ganas, pero me la comí porque eso te haría feliz. Volví al trabajo con el dolor atravesándome la garganta. No me quedé. Siempre me resistí a abusar de los permisos constantes y de las faltas.

No volví esa tarde a verte. Pero esa noche, mientras planchaba tus camiones y tu ropa interior con todo el amor que podía, le pedí a Dios que si ya no podías vivir sin sufrir, te llevara a su lado. Aunque eso significara perderte para siempre.

.....

Transfusión a las ocho de la noche, a las cuatro de la mañana... a las... tu médico dijo que ya no valía la pena, que otro poco de sangre sólo alargaría tu agonía.

Vinieron a buscarme a las siete de la mañana, porque a las seis te fuiste. Mamá ya había salido a comprar más remedios y a procurar otro donante.

Y tuve que ser yo la que llegara hasta la morgue y te viera con tu batón floreado y tus medias azules -era invierno y hacía frío-. Tuve que ser yo la que te viera tendida en una mesa, ya tiesa, pero hermosa. Más buena, tierna y dulce que ningún ángel en el mundo.

Tuve que ser yo la que eligiera esa caja y la mortaja oscura que no te habrían gustado, porque preferías los colores alegres, azules, verdes, naranjas... Al día siguiente, enterré contigo el último pedazo de mi adolescencia y los últimos vestigios de la princesa buena que creías que era.

Te fuiste, pero no del todo. Estás más viva que nunca en mi recuerdo. Entonces tu voz melodiosa continúa llamándome a tu lado, para peinar mis cabellos o para que comiera aquello que estabas a punto de llevar a la boca.

Estás aquí porque eres mi ángel. El ángel que me quiere y me cuida.

¿Un sueño apenas?

¿Tuviste para mí sueños iguales a los míos?

Yo te soñé una noche con los ojos abiertos. Entonces era pequeña y mis sueños no tenían las formas definidas. Me formé un ideal de alguien que me quisiera y me cuidara. Alguien que compartiera mis afectos uno a uno, y a quien darle mi amor de adentro hacia afuera.

Cuando te conocí, mis sueños dibujaron tu rostro y tus manos.

Y te soñé a mi lado rozándome las piernas con tus grandes rodillas. Deslizando tu boca por mi hombro, entrelazando tus dedos a los míos, y formando entre tus brazos el hueco perfecto donde pudiera reposar mi amor o mi cansancio.

.....

Afuera el golpeteo suave de la lluvia acalla por momentos los ruidos nocturnos. Adentro, el leve rumor de la heladera jadea misteriosa en la cocina.

.....

¿Cómo llegó tu amor? ¿Soñaste también con que yo te quisiera con el alma de lleno?
¿Tuviste para mí sueños iguales a los míos?

Chirrían los maderos de la cama vacía en una mitad. Los pasos que se acercan también se alejan en la vereda, la música lejana llega un tanto débil hasta los girasoles que descansan en un cesto, cerca de la ventana.

Yo te soñé tantas noches... como ahora, como suelo tenerte. He soñado sentirte así como te siento... como mil pétalos amarillos deshojándose en plena primavera. Cuando te siento en mí soy como arroyo que corre entre helechos y piedras arrastrando la arena, las hojas, las ramitas. Entonces, rumoreo despacio y avanzo entre las rocas y caigo ruidosa en la cascada.

Cuando te siento en mí soy como la mariposa de mis sueños, que se enrosca en su néctar y luego vuelve a aletear entre los matorrales de la selva.

Te he soñado mil años y hoy te tengo. Estás haciendo chirriar los maderos, buscando acomodo entre las almohadas, ocupando tu espacio y el que le corresponde a mis cabellos.

Te he soñado con soles y con lluvias. Con risas y con llanto. No dejé de soñarte en la cumbre del cerro ni en el abismo. Y hoy estás aquí respirando despacio junto a la ventana por la que entran los primeros frescos de marzo, el aroma de los jazmines azulados de la vecina y el anhídrido de los enormes mangos de la plaza, que está sin enamorados a causa de la llovizna.

¿Estás aquí? ¿O sólo sueño que estás, de tanto que te amo?

De los otros...

Huyendo de las aguas

Al amanecer cargaron en la canoa algunas ropas y alistaron también la olla negra de hierro, la hervidora, la paila renegrida, el brasero y la pequeña bolsita de carbón. Rosaura colgó de un alambre los fideos y las galletas duras y alzó bien alto (al final de la tapia) las cosas que dejarían al marcharse al atardecer o a la mañana siguiente.

Él había improvisado un sobrado de caranday en el pequeño rancho (suficiente como para tenderse a dormir los cuatro) si es que la noche volvía a sorprenderlos en el mismo lugar. Ella miró el horizonte y vio agua por todas partes y a las lejanas casitas semicubiertas por el río desbordante.

A lo lejos venía navegando una canoa con dos ocupantes y ella creyó reconocer a su compañero que había salido con otro vecino a buscar algún lugar aún seco donde poner a salvo a sus familias. No eran ellos, sino otros desahuciados que huían también de la crecida. Miró a su niño que dormía en un leve colchón instalado sobre las tablas (vigilado por el perro que ante cualquier movimiento ladraba avisando a la patrona). Entonces bajó a la canoa para acercarse más al agua y poder lavar algunas ropas de su hijo y pensó en el guiso de fideos del almuerzo que se había secado esperando al comensal que no volvía.

...a lo lejos, islas de camalotes pasaban llevadas por la corriente.

Cuando terminó de lavar, volvió a subir al segundo piso improvisado de su rancho para acomodar los pocos objetos que llevarían en su éxodo, y pensó en sus plantas que quedaron bajo agua, en los baldes de lata que solía utilizar para acarrear agua del río, en la hamaca del nene que quedó bajo el ybapovó, en el banco alargado que miraba hacia el norte, y en su huerto naciente donde las lechugas comenzaban a reverdecer compitiendo en altura con las plantas de locote y donde la papa que enterró para hacerle puré a su hijo comenzaba a echar brotes verdes que se asomaban tímidamente de la tierra.

Acomodó en el sobrado el brasero y la olla para recalentar el guiso cuando Armindo volviera, o para agregarle algún trozo de cecina y más agua agrandándolo para la cena, si es que su vuelta se retrasaba.

...un pedazo de isla flotante con un pequeño sauce también iba pasando.

El niño se inquietó en el colchón y ella posó sus manos sobre la frente sudada, comprobando con preocupación que estaba teniendo algo de fiebre. El perro la observó con los ojos brillantes, porque entendió en sus ademanes que algo extraño le ocurría a su pequeño amo.

Rosaura fue a buscar a la canoa la botella con alcohol y ruda que solía utilizar para bajarle la fiebre a su pequeño... y estaba revolviendo su viejo bolsón cuando el ruido de un pequeño cuerpo cayendo en el agua la hizo volverse hacia el agujero del rancho que antes correspondiera a la puerta. Un sudor frío le recorrió el cuerpo mientras un grito desgarrador

salía de su garganta llamando a su hijo. Sólo un pequeño remolino en el agua le indicó que el cuerpecito ya se había hundido.

Saltó con desesperación hacia el sobrado y lo encontró durmiendo, con el hocico del perro en su mejilla izquierda, totalmente ajeno al gran ruido que provocó al caerse el pequeño venado que su padre había cazado el día anterior y que se secaba colgado de un alambre en la tapia exterior estaqueada con adobe y picanillas.

En el segundo cajón

Manuela fue creada a imagen y semejanza de sus sueños. Manuela, la que gastaba medio lápiz labial en cada pintada, la que llevaba las polleras cuatro dedos sobre las rodillas, las camisas blancas transparentes con corpiño de broderie debajo. Ella, la que usaba tangas minúsculas apretándole las nalgas, la que se reía a carcajadas con su jefe, la que flirteaba con el cobrador del club, con el abogado, con... la que susurraba cuando atendía el teléfono y pronunciaba el nombre de la empresa.

Manuela llegó allí un mes de abril, tres años atrás. Isolina vino un agosto cualquiera, de algún año, dos décadas atrás. La primera había hecho su aparición vestida de marrón claro, con zapatos cremita y pulóver con escote pronunciado. Desde su escritorio Isolina la miró desconcertada, desaprobando el peinado demasiado voluminoso, los labios muy pintados, la sombra demasiado oscura en los párpados. De entrada se metió en el bolsillo a todos los hombres de la oficina, desde el ordenanza hasta el jefe fueron presa fácil de su simpatía. Se la comían con los ojos.

Cada día estrenaba algo diferente, ya sea en ropa, en peinado, en color de maquillaje o algún perfume. Cada día entraba por la puerta como un torbellino perfumado, haciendo rechinar el piso con sus tacones altos y provocando grandes ruidos al sentarse y abrir los cajones de su escritorio. Cada día revivía en Isolina los años del pasado, gastados, no aprovechados. Isolina la observaba, controlaba sus colores: ayer toda de azul, con sombra y zapatos al tono, cartera y cinto también, cabello suelto o moño haciendo juego; hoy de rosa ingenuo y mañana quizás de negro total, sacando a flote toda su sensualidad.

Isolina miraba su aspecto: trajecito gris, azul o marrón, con el clásico y único zapato negro en invierno, otoño y parte de la primavera, y al final de esta estación el lujo de un zapatito crema o quizás blanco, pero generalmente no los compraba de este color porque se estropeaban más rápidamente. El maquillaje siempre muy discreto, un poco de polvo y colorete rosa en las mejillas, dos toques más, lápiz casi invisible en los labios y el único lujo: lápiz negro para remarcar las peladas cejas. ¿El cabello?, corto, muy corto, controlado casi con regla para que no se atreviera a bajar a la punta del cuello.

Manuela solía alardear de las «tremendas noches vividas». Estiraba sus brazos hacia arriba y ponía ojos soñadores recordando lo vivido la noche anterior; Isolina la miraba engullendo una rabia que crecía lentamente. Trataba de evitarla, de pronto ya no soportó más sus risas, su voz susurrante contestando las llamadas, dejó de admirar su colección de

zapatos y perfumes caros, dejó de soñar con poseer sólo una vuelta de esos collares de perlas falsas y dejó de sentir envidia por ella. Ahora la odiaba.

La otra representaba la juventud, la frescura y la libertad que ella no tuvo, ni siquiera a los veinte años cuando llegó a esa oficina con su certificado de secretaria veloz en la mano derecha. Al principio la divertía verla tan coqueta y desenvuelta, protagonizando pedazos de sus sueños cada día, interpretando en cada movimiento, en cada risa lo que a ella le hubiera gustado hacer de haber sido más desinhibida, un poco más extrovertida.

La catástrofe ocurrió una tarde.

Su marido fue a buscarla al trabajo, y cuando llegó, Isolina estaba en el baño peinándose. Al salir lo vio riendo a carcajadas de algo que le decía Manuela. Fue hasta su escritorio, abrió el cajón y rompió en mil pedazos un cuento de muchas hojas, sin final, que empezó a escribir tres años atrás y donde estaban desperdigados sus sueños.

Porque Manuela era ese otro yo que Isolina tenía encerrado en el segundo cajón de su escritorio.

Cuando acabó el reinado

Se le pudrieron las azaleas de tanto regarlas. Día tras día les descargaba tanta agua que terminó por ahogar sus raíces, los tallitos y las suaves flores de sus plantas. Es que cuando tenía algo en las manos, se solía quedar inmóvil mirando hacia cualquier parte y olvidando momentáneamente lo que estaba haciendo, hasta que el maullido de su gato o algún conjunto de ladridos lanzado por la jauría la sacaba del ensimismamiento exagerado en que caía constantemente.

Se le pudrieron también las ganas de vivir.

El ocho siempre había sido su número preferido, entonces tuvo ocho hijos a los que crió con mano de general; o mejor dicho, fue como si hubiera tenido nueve, porque su marido pasó a vivir bajo su mandato como si también hubiera sido su fruto, su «producto» como le gustaba llamar a sus hijos. Y pasó largos cuarenta y ocho años (también terminado en su número favorito) tiranizando a toda su familia. Ella decidía todo y por todos, argumentando que obraba así porque los quería. Y porque lo quería, mantuvo casi prisionero a su marido los últimos veinte años, hasta que, cansado de tanta opresión, se le fue muriendo de a poco, primero por falta de alegría y después de tuberculosis.

Le había descubierto una amante.

Muy bonita ella, con el carácter dócil que el pobre hombre necesitaba para sobrellevar los rezongos inacabables de la esposa. La veía a la hora del almuerzo, cuando disponía de una hora libre en la carpintería donde fabricaba sillas y más sillas para que su prole se alimentara a diario. Pero ella lo descubrió muy pronto. Fue juntando evidencias, datos y

rencores y los siguió una siesta; esperó que él se alejara y atacó a la otra como una fiera. Sus puños y uñas inventaron todo tipo de heridas para el cuerpo de la intrusa, la zarandó de los cabellos, le apretó la garganta y la soltó únicamente porque algunas personas corrieron a socorrer a la infortunada.

A él no le hizo absolutamente nada.

Ninguna agresión física, ni reproches. Habló con el patrón (su padrino de casamiento) y lo hizo despedir de la carpintería. Él entendió el castigo y aceptó la larga penitencia, entonces lo encerró, y si bien no le puso candado al portón de madera, fue como si lo hubiera hecho. Le encerró la alegría, le llaveó para siempre la libertad; y nunca más pudo salir a trabajar fuera de la casa, lo tuvo de aquí para allá detrás de ella, cuidando a los hijos mientras inventaba mil cosas para vender y tener los ingresos necesarios para alimentar a tanta gente. Él se dedicó a criar niños (hijos y luego nietos) que le trajeron brisas frescas a su encierro, y a sentarse desde las tres de la tarde con largos vasos de caña en la mano derecha y un cigarrillo negro en la otra. Pensando, mirando, resignado a ese pedazo de tierra en el jardín, hasta donde se reducían sus paseos solo.

Ella continuó disfrazando su malhumor...

Se dio el gusto de continuar abofeteando a los hijos casados cuando le parecía que le faltaban el respeto, eligió novios y novias e hizo sentir su preferencia por éste o aquella para que tuviera el honor de unirse a la familia. Llegó a administrar los sueldos de sus hijos, aun de los casados, y se sentía feliz: amada y respetada, rodeada de todos, siendo eje de todo ese universo que nacía en el patio trasero de su casa y se extendía en todas las circunferencias de los ocho hogares, cuando todos estuvieron acompañados.

Sólo valía su palabra.

Todos los argumentos por más válidos que fueran se desvanecían si a ella no le parecía lo correcto y era inmediatamente reemplazado por su decisión. No primaba la importancia del hecho o a quien afectara o si la contrapartida le parecía bien o mal. Eso lo decidía ella.

Él se fue consumiendo poco a poco.

Sólo piel y hueso emergían de aquel cuerpo; los sueños postergados y la tuberculosis fueron carcomiendo sus reservas. Y se apagó una tarde, en medio del llanto de ella que proclamó a los cuatro vientos cuánto lo amaba.

Pero ya nadie le creyó.

Se había negado a cuidarlo en el hospital esos últimos días de agonía, rezongaba por las ropas que ensuciaba con más frecuencia que antes, por sus grandes flemas expulsadas para aliviar sus descompuestos pulmones, se quejaba también de los grandes gastos y hasta le pareció excesivo el precio que los hijos pagaron por el hermoso cajón en que fue colocado antes de bajar hasta el frío agujero de lodo negro. Entonces fue como si a todos se le abrieran los ojos.

Y dejaron de divinizarla.

Salieron a flote sus defectos y ella renegó de sí misma, de no poder continuar controlando la vida de cada uno, el bolsillo de aquellos tres, las heladeras de éstos, los gastos de esa nuera, el coche nuevo de ese yerno, el... y optó por tener enfermedades imaginarias: un día la gripe, otro fiebre interna, después el corazón que le empezó a doler en serio cuando le fueron abandonando de a poco y sólo quedó su gato gris para hacerle compañía.

Entonces se dedicó a cuidar sus plantas. Pero cuando éstas se secaron de tanta agua derramada o de tanto rencor que exhalaba la anciana, ésta dejó de tener en quienes desahogarse y empezó a torturar al pobre gato. Lo ataba al sillón, lo obligaba a dormir con ella, a comer en su mesa, a...

La encontraron un domingo, flotando en el aljibe, con el gato a su lado. Y quedó la duda, no se supo con certeza si la anciana se suicidó con el gato o si éste con la ayuda de los perros del vecindario empujó su diminuto cuerpo, cayendo con ella en el impulso.

La búsqueda incesante

Nació rodeada de excrementos y alumbrada por luciérnagas de luces azuladas. El llanto lejano y débil fue, sin embargo, lo suficientemente potente como para llamar la atención de los Santander que estaban en la cocina tomando mate a las cuatro y media de la mañana, antes de que él se fuera a la chacra.

Mate y pava en mano salieron hacia el patio para aguzar los oídos y captar la dirección de donde provenía el llanto. El viento dio pistas engañosas y les costó un tanto convencerse de que alguien lloraba desde el fondo de la letrina de los Martínez, lindante con su propiedad. «Ha de ser un gato recién nacido», sentenció doña Lola dejando su pava en el suelo y alzando con las manos las dos tiras de alambre de púa del cercado ajeno para poder entrar en el terreno.

Se asomó por el maloliente agujero para mirar hacia adentro y sintió con más fuerzas los pequeños lloriqueos pero no alcanzó a ver nada debido a la poca luz del amanecer invernal. Entonces, le pidió a gritos a su marido (que la observaba desde el otro lado) que le alcanzara la linterna. Con su andar rengo y lento (herencia de la guerra), don Pali fue hasta el rancho a buscar la linterna con la que doña Lola alumbró el fondo del desagadero.

Y allí, entre gusanos blancos y excrementos lo vio: no era un gato recién nacido, sino un recién nacido humano, envuelto en un pedazo de trapo y flotando sobre las inmundicias. Gritó tanto al verlo que despertó al vecindario. Acudieron todos vestidos de cualquier manera para ver lo que pasaba.

Sacarlo de allí fue una odisea.

Desclavaron las tablas que servían de piso a la letrina y alguien se tuvo que colgar (atajado por cinco hombres) para alzar a la criatura que no se hundía de puro milagro y gracias a que el frío había endurecido los excrementos amanecidos y había poca filtración de agua por los costados. La bañaron entre las vecinas y le inventaron ropitas de su tamaño; luego, doña Flora Martínez ordeñó con apuro su lechera e hirvió la leche para dársela a la niña que no paraba de llorar, pero entonces llegó otra vecina con pocos días de haber dado a luz quien, descubriendo sus senos, dio de mamar a la inocente.

Una vez aseada y satisfecha, se durmió con ganas.

Entonces la contemplaron con embeleso: era extraordinariamente pequeña y hermosa, con la piel muy blanca y los cabellos renegridos, «...linda y extraña como una aparición» la describió don Pali, y continuó siendo así toda su vida. La llamaron María Luz por la gran cantidad de luces aportadas por los bichitos nocturnos en el lugar donde fue encontrada.

Los Santander por derecho adquirido se la quedaron y tuvieron que modificar sus costumbres de viejos solitarios para criarla. La niña adquirió costumbres de princesa, lo que hizo suponer a sus padres adoptivos que alguna «gringuita» copetuda la había tirado a la letrina para tapar su vergüenza. A medida que fue creciendo, sus pretensiones se hicieron también mayores, a tal punto que al cumplir los dieciséis, sus ancianos cuidadores se vieron imposibilitados de complacerla en todos sus caprichos y la vieron partir a la ciudad enfundada en su minifalda de hilo y un ejército de luciérnagas diurnas tras de sí.

Volvió un año después.

Traía los cabellos ensortijados y rojos; llegó con las polleras más cortas y oliendo a perfumes caros, cargada de regalos para sus padres, los Martínez y los Balbuena (los vecinos cercanos) y un montón de dinero que repartió de aquí para allá comprando sonseras. Una semana después de llegar, amanecieron en el rancho un ejército de albañiles, carpinteros y electricistas que, haciendo caso omiso de las protestas de los viejos, echaron abajo las tapias de barro y las reemplazaron por paredes de ladrillos.

Terminados los arreglos volvió a marcharse sin dejar pistas de dónde encontrarla. Se fue en plena siesta, sin cortejo de luciérnagas. Éstas parecían haberse quedado custodiando la clausurada letrina que rebosó mucho tiempo atrás. Y pasaron muchos meses de extrañarla y no saber nada de ella, sólo los voladores encendidos centelleaban o simplemente volaban, quizás buscando su presencia.

Regresó tres navidades después. Había perdido su alegría, el color de atardecer de sus cabellos teñidos y sus gestos refinados. Su piel se presentaba marchita y descuidada. Pero continuó gastando tanto dinero como antes, tanto que los ancianos comenzaron a preocuparse por los orígenes del mismo. Ella no daba explicaciones a nadie. Amaneció con una ocurrencia: mandar abrir el antiguo pozo donde funcionara el baño común de los Martínez; no quiso dar las razones de su antojo y no sirvieron los argumentos para hacerla desistir. Los vecinos, que la querían muchísimo, le dieron la libertad para que hiciera lo que le viniera en gana con el viejo pozo.

Los obreros palearon un día entero desenterrando las viejas inmundicias.

Y ella con un palo afilado iba revolviendo los montículos hediondos; al anochecer había buscado sin descanso entre los excrementos secos sin hallar nada. La escucharon llorar; llorar toda la noche y no pudieron encontrar palabras que la consolaran.

Deambuló durante días por el pueblo. Fue como si esta vez alguien la hubiera vuelto a arrojar a un pozo logrando su objetivo: que allí se quedara para siempre, perdida, absorbida junto con los excrementos por la tierra, sin poder ver la luz ni respirar con libertad.

Como dos meses después de haberse vaciado el excusado, en plena siesta de marzo, se volvieron a escuchar los lloriqueos de un recién nacido y sin titubeos todos corrieron hacia la antigua letrina y, como veinte años atrás, allí estaba un pequeño cuerpo boyando en una latona de plástico sobre las estancadas aguas de la última lluvia. Cuando María Luz llegó hasta allí, cientos de luciérnagas siesteras remontaron vuelo desde el agujero y giraron a su alrededor.

Cuando dos hombres se la pasaron desde el fondo no permitió que nadie más la toque y fue hasta su habitación para asearla y ponerle una de las tantas ropitas que llevaba guardadas de antaño. Quienes las observaron desde los huecos de la puerta y la ventana creyeron que se había vuelto loca... Sólo su madre con los ojos ya cansados percibió que por fin había encontrado el buscado objeto de su paz, para curar las repetidas heridas causadas quizás por varios abortos provocados cuando trabajaba de prostituta en la ciudad.

Pesaba más

Cuando se la llevaron en el cajón, el peso era tan grande que todos creyeron haberse equivocado de muerto. Ése, definitivamente, no parecía ser el cadáver de Filomena.

En vida, Filomena Montepío era apenas una calavera levemente forrada en un poco de piel. La carne, un recuerdo en su físico. Piel y huesos había quedado, por donde se la mirara. De arriba a abajo, de abajo a arriba.

«Un poco de pan para mis hijos», repetía incesantemente de puerta en puerta, con su gabán verde roto que le colgaba en las mangas y en el brazo.

«Un poco de pan para mis hijos». Insistía tanto que los vecinos ponían en sus manos cualquier trozo de carne sobrante del día anterior o un pedazo de pan, para que los dejara tranquilos.

Pero el pan que Filomena pedía no era para sus hijos. Éstos ya no estaban. Se le habían ido los tres por la disentería y la tuberculosis. Pero ella jamás asumió esa realidad, y fue juntando día tras día toda la comida que le daban, amontonándola en el cuartucho maloliente. Se amontonaron y se descompusieron juntos: la comida y ella.

El hedor llegaba a extremos tales que los vecinos solían tomar por asalto el cuartucho, mientras Filomena estaba vagando por las calles, y con una pala echaban fuera toda la inmundicia acumulada.

Filomena volvía a almacenar la comida hedionda, que en su locura continuaba guardando para sus hijos. Pero en ese lugar miserable los únicos que se alimentaban con esos desperdicios eran los ratones y las cucarachas.

Los voluntarios que cargaban el cajón no podían convencerse de que aquel cuerpo fuera el de la harapienta demente. El almacenero y el herrero sudaban por el peso, el mecánico y el gordo vendedor de toldos ya no podían avanzar sin descansar un rato.

Entonces pararon los cuatro.

Era imposible llegar hasta el cementerio cargando con el bulto. Las mujeres piadosas que acompañaban al cortejo se miraron sin entender lo que estaba ocurriendo. El almacenero sugirió mirar dentro del cajón de madera barata -donado por la Municipalidad del pueblo- para asegurarse de que el finado fuera realmente Filomena. Pero las mujeres se opusieron e intentaron alzar ellas el rústico cajón, pero las manijas se desprendieron.

El mecánico sacó del bolsillo de su mameluco un destornillador y desclavó la tapa, ante la mirada expectante del reducido cortejo.

Allí estaba Filomena.

Pero no estaba sola. La acompañaban cientos de ratones, oscuros, enormes, con dientes amarillentos y afilados. Se treparon al borde del cajón miserable e invadieron la calle, mientras de las gargantas de la comitiva femenina salían gritos desesperados.

Camina por el barrio

Muchos dijeron haberla visto en las noches de luna recorriendo las calles del barrio acompañada de su gato. Sí. El mismo que la había empujado dentro del pozo, y de otros más que solían venir a visitar al pardo, ...el gordo a motas negras, el gris azulado, el siamés.

No hace daño, pero asusta.

Sólo vaga sin rumbo por las calles recogiendo las achicorias que crecen en los bordes de las veredas, seguramente para ponerlos en su tereré mañanero, que aseguran suele compartir todavía con la vieja Leonidas. La que hace hechizos para el mal de amores y sabe estirar el cuerito para curar de empacho a los recién nacidos.

Quizás ella logró resucitarla.

Quienes la vieron cuentan que conserva la altivez de sus mejores años, el cuerpo un tanto pequeño, pero elegante a pesar de las «galletas» que tenía en las piernas, y de sus largos pelos que nunca afeitaba.

Otros juran haberla visto regando las azaleas a punto de reverdecer, en las primeras horas de la mañana, cuando su hija menor aún no abría la puerta de la calle, y su hija prostituta doblaba en la esquina con su cabello teñido en caoba rabioso, de vuelta recién de sus rondas nocturnas.

Dicen también que ella la encontró una vez en su camino, pero como volvía semidormida creyó estar en presencia de la propia visión de sus remordimientos, por haberla hecho sufrir con su conducta.

¡Ah!... ¡ya se lo contó a usted!

Algunos dicen que de vez en cuando se sienta en el blanco sillón de hierro -que fuera de su madre- y solloza en silencio, quizás porque se fue cuando aún no quería o por toda la amargura innecesaria que había desparramado entre los suyos.

O quizás por el que muy a su manera había querido un poco, pero que se le fue sufriente y solitario, y al que jamás pudo volver a ver ni siquiera en sueños. Tal vez para intentar decirle que lo extrañaba tanto, o porque le hacía falta para descargar en él todos sus nervios.

No falta quien afirma que suele blandir su cuchillo, corriendo por el patio, poniendo a raya vaya saber a quién. Tal vez al gato, pero de ser así, éste no la acompañaría en sus caminatas.

Quizás persigue a su propio remordimiento.

Es cierto padre todo lo que le digo. Usted debe ir a bendecir la casa, para sacar de ella a su espíritu intranquilo. Sí. Sus hijos ya cerraron el pozo y arrancaron todas las azaleas que nunca volvieron a florecer.

Pero el agua brotó por todos los rincones.

El gato fue envenenado, pero dejó crías por todas partes, y éstos son idénticos a su padre. El barrio está aterrorizado pensando que pueden repetir la historia en otra casa.

¿Que usted creyó escucharla en su confesionario? En el nombre del padre... usted debe rezar una novena, hacer una procesión y derramar agua bendita en cada calle del barrio, padre. Porque todos sus vecinos estamos aterrados.

Debajo de las hojas

Sus un metro ochenta y cinco se doblaron hacia la tierra por el peso de los años y la tristeza. Tomó la azada y lentamente comenzó a remover la tierra, a separar las malezas que podían entorpecer el crecimiento de las remolachas y las zanahorias que ya se encontraban reventando la tierra con sus frutos.

Hacía tiempo que casi no pisaba la huerta, nunca más había tenido ganas de arreglar la cerca, regar los sembradíos y mucho menos plantar nada; lo poco que se encontraba creciendo ya había sido puesto meses atrás, o «la patrona» había estado sembrando con los ojos llenos de lágrimas, alguna tarde en que se encontraba tan melancólica que necesitaba hacer algo para no ponerse a llorar desconsoladamente.

Desde que ella se fue, los dos habían quedado completamente solos, desamparados de su afecto y con la vida casi truncada. Desde que ella se fue, sus rodillas habían quedado vacías al atardecer, pues ya no había un pequeño cuerpo que se sentara sobre ellas para escuchar juntos la radio o para que le rascara la espalda.

Ella ponía rayos de sol en los atardeceres cuando la veían saltar a la cuerda, jugar con sus muñecas o enterrar su boca y su nariz en los tarros de dulce de leche. Ella era capaz de hacer que los días de lluvia tomaran colores de primavera cuando chapoteaba feliz sobre los charcos, los pastos inundados o lanzaba pedregullos al río.

Había salido rumbo a la carbonería con su pollerita anaranjada de crochet y la bota de lluvia gris con un par de gatitos a los costados, y jamás volvió. Se la llevó la lluvia a alguna parte, arrastrando su delgado cuerpito de ocho años hacia el bajo de uno de los tantos barrancos que desembocan en el río. Y nunca la encontraron.

Abuelo y abuela pasaron días y noches enteras sentados mirando pasar la corriente, intentando divisar algún bulto que boyara aguas abajo; la buscaron los canoeros de toda la costa, los gendarmes del puesto militar, los compañeritos de escuela. Pero no quedaron ni sus huellas.

.....

Él continuó arrancando malezas y quitando las pequeñas piedras que se interponían entre las verduras; entonces vio las enormes hojas rastreras reventando de verde en un rincón de la huerta. Sin perder tiempo clavó su cuchillo en la tierra buscando algo. Enseguida lo encontró. Comenzó a desenterrarlas y sus ojos brillaron con lágrimas al descubrir que los frutos de las batatas habían crecido generosamente bajo la tierra tan poco cuidada.

Entonces recordó la tarde en que ella había encontrado una pequeña batata semipodrida en un rincón de la cocina, y había ido corriendo a enterrarla cerca del lugar donde crecían las piñas.

Y ese reventar de sus frutos debajo de la tierra era un mensaje póstumo de ella que de alguna manera les hacía saber que aún los seguía amando y que perduraba más allá de la muerte.

El tesoro de Roque

Roque jugaba en la orilla del río. El lodo rubio se transformaba en figuras regordetas y desproporcionadas en sus manos. Hacía caballos y burros, pero de repente lo aplastaba todo, lo convertía en un yacaré o un pescado con alas y le agregaba una ramita seca en la terminación para que semejara una cola.

Se levantó del suelo y comprobó que en la zona de las sentaderas su pantalón estaba mojado y sucio y se encaminó hasta el agua para lavarlo. Resbaló y cayó de largo, ensuciándose por completo. Había dejado de llover dos horas antes y el lodo estaba resbaladizo.

Se adentró en el agua y se sumergió no muy lejos de la orilla para lavar sus ropas, porque imaginaba la reprimenda de su madre. Se quitó el pantalón y lo fregó una y otra vez hasta que pareció un poco más limpio. Cuando volvía a la orilla tropezó con algo duro (pensó que era un hueso de pescado o una piedra), no le hizo caso y continuó caminando.

Tendió su pantalón sobre una planta de tártago que crecía cerca de la costa y volvió a sus animalitos de lodo, pero le carcomió la curiosidad y volvió al agua. Se le ocurrió que aquello con lo que tropezó podría ser una piedra rara traída por el agua desde muy lejos, quizás desde Brasil, y volvió en su búsqueda. Tanteó agachado, tanteó con los pies y luego con las manos hasta que lo palpó. «Es un hueso -pensó-, el hueso de un animalito».

Lo sacó rápido y lo sacudió en el agua para sacarle todo el barro adherido. No era un hueso sino un paladar humano. Roque lo miró perplejo... y atacado por un acceso de miedo lo tiró con fuerza a la playa.

Tuvo el impulso de salir corriendo, pero la curiosidad pudo más y se acercó a él. Lo agarró con una hoja de tártago y lo examinó detenidamente: era la parte de arriba de un paladar. Tenía catorce dientes, uno de ellos de oro... todo cubierto de oro.

Se puso feliz pensando que podía vender ese diente y comprarse un caballo de verdad y hasta un tarro de dulces que le durara todo un año. Se sentó otra vez sobre la tierra mojada para examinar mejor su tesoro y ver la forma de arrancar del armaje al diente dorado. «¿Cómo apareció este paladar en el río?», pensó mientras le sacaba lustre al diente... «quizás alguien vino a lavarse los dientes y se le zafó...»

Entonces llegó Benito, con su hondita en la mano. Roque le mostró orgulloso su pequeño tesoro y le contó todo lo que pensaba comprar con su venta.

-Eso debe ser del señor hinchado -dijo Benito.

-¿Qué señor hinchado? -preguntó Roque.

-De ese señor ahogado, que boyaba todo hinchado y apareció en la desembocadura del río Confuso.

Roque tiró espantado el paladar y corrió hacia su casa en calzoncillos, dejando su pantalón en la rama de la planta.

Benito alzó el pequeño armaje y se quedó pensando en lo que compraría con su fabuloso tesoro.

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)**, para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.



editorial del cardo